Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas

PRIMAVERA EN FLOR

CARTAS DESDE LA SIERRA- III

DIARIO **EL ÚLTIMO EDÉN- 29**

1- Amanece hoy el día limpio de nubes, brillante de sol y, aunque es casi mediano de abril y los días pasados apretó el calor, hoy hace fresco. Lo de abril aguas mil no se está cumpliendo sino más bien parece que el verano ya ha llegado.

Ayer por la tarde estuve con el amigo que tiene un buen cargo dentro del parque natural y entre otras cosas, me dijo que ya se han producido algunos conotos de incendios en los bosques de la sierra. Y es que nieve sí a caído mucha este invierno pasado, pero las lluvias han sido tan escasas que el campo ya está casi seco. Una pena como ya te comenté y más para las personas que viven del ganado o la agricultura.

Hoy hace frío aunque ayer hiciera calor y mientras me voy preparando para afrontar las tareas diarias en mi rincón pequeño, caigo en la cuenta que mi otro amigo me invitó ayer. El sábado próximo quiere ir, con un grupo de alumnos, quiere ir a la sierra. Me ha pedido que lo acompañe. La invitación me gusta porque ya tenemos fijada la ruta. Pero como otras veces, hay razones para decirle que no podré ir aunque sea quedándome disgustado. Tengo mis motivos personales que nunca podre contar a nadie. Y sabes que mientras te digo esto

me siento mal porque me da pena y un poco hasta de mí mismo. ¡Lo que son las cosas en esta vida! Y tengo que decirte que en estos momentos sé de muchos que sufren y lo pasan mal por la razón de no sentirse libres.

De lo que me decías del quebrantahuesos, hoy precisamente aparece en la prensa ese proyecto que tienen montado en Nava de San Pedro. Dicen que no es grabe que se hay muerto el primer pollo que ha nacido en cautividad y que para el futuro, se está planeando crear una asociación civil que apoye este proyecto. En cuanto pueda y vaya allí, voy a intentar visitar las instalaciones de este centro. Ya te contaré.

Y pasando a otro tema: del pueblo blanco y repleto de olivares, por hoy sólo te digo que las clases en los colegios, han vuelto a su normalidad. Se terminaron las vacaciones de Semana Santa. De las aldeas de la sierra, han vuelto los jóvenes que ahora estudian y son internos en estos colegios. ¡Qué buena gente son las personas de la sierra! Los mejores estudiantes en estos colegios, son jóvenes de las aldeas y cortijos de la sierra. Hijos de pastores muchos de ellos, pero magníficos en personas, inteligencia, nobleza y honradez. De algunos de estos jóvenes debería contarte sus situaciones personales y familiares para que comprobaras. Hay gente muy buena a las que no se les da ni el apoyo ni la oportunidad que merecen. Y eso en los tiempos en que vivimos donde tanto se cacarea el apoyo a los más necesitados. Sigo pensando como tú: que la libertad humana es el valor más grande en las personas y que cualquier causa, por muy sublime que sea, si anula a la libertad, creatividad y voluntad de las personas, no es buena.

2- Anoche soñé con el rincón del arroyo que tú sabes y al verme andando por él, me sentí tan bien que cuando desperté,

quería volver a este sueño. Vi en mi alma el campo lleno de las flores, el arroyo claro saltando en su libertad y los árboles con su traje de hojas nuevas recién estrenadas. Porque lo que anoche vi en mi sueño fue la primavera reventando a pesar de la poca lluvia que este año ha caído.

Por el llano del cerro grande vi que los piernos ya estaban cubiertos con sus flores moradas y las zamarrillas, también estaban vestidas con la mejor gala. En la torrentera del charco que tú sabes, revoloteaban los abejarucos y los ruiseñores cantaban por entre las zarzas. Las mariposas ya surcaban el aire y el perfume a primavera era tan denso, que anoche mientras vivía feliz y en libertad en mi sueño, una vez más, sentí que ese mundo está cuajado de tanta esencia y es tan grande y perfecto, que supera con mucho a la realidad que ahora y aquí conocemos.

3- Me despierto en la noche y me siento triste. Una extraña sensación nubla mi alma. He soñado que me tenían encerrado en el rincón que elegí cuando buscaba la libertad. Y he soñado que al llegar el día, necesitaba ir a la sierra, tierra donde tengo mis y el recuerdo de los míos con la más limpia libertad de mis juegos de niño, pero no puedo porque me lo tienen prohibido.

Y al notar que es tan oscura y mala la vida para mí, he llorado. He visto a los que me acosan y sujetan frente a mí puestos y vigilando al tiempo que me decían: “Lucha con nosotros, humillate, pide permiso porque sino, sigues secuestrado”. Y rápido un pensamiento ha cruzado por mi mente: “Mi lucha contra ellos tiene que ser el silencio, el aguante y el auxilio de Dios porque mi aspiración no es de materia ni el poder que desean tantos”.

Y mientras me revolvía en la cama, me seguía sintiendo amargo porque la sensación era de que ya no podré ir ni una vez más a los campos que tanto recuerdo y quiero. Ya no podré asomarme al cerro y contemplar a las encinas en su llano ni acercarme a las ruinas del cortijo. Y de tanto dolor y pena como he sentido, sin querer he vomitado y, en contra de mi voluntad, he manchado mis campos.

3- Lo del parque temático o de la naturaleza que desde hace unos años proclaman por estas tierras, tú ya sabes: durante un tiempo lo anunciaron a los cuatro vientos para que todo el mundo lo supiera y cuando ya estaba algo cimentado, murió el presidente. A partir de ese día, el tema se quedó apagado hasta que otra vez dijeron que ya tenían presidente. Lo de este parque temático es más que curioso y por aquí muchos se preguntan si se hará realidad algún día. Tantas cosas ya han anunciado y en tantas ocasiones, que las personas ahora dudan mucho. Ya comentaremos cuando vegas.

Lo que también quería decirte es que esta primavera en flor, andan lanzando a los cuatro vientos lo del patrimonio de la humanidad para los pueblos que conoces y saben se alzan en los cerros de la loma. Un tema interesante que a muchos gusta y otros, reflexionan porque no lo tienen claro. Ciertamente que en estos preciosos pueblos hay realidades bonitas que merecen cuidarse y potenciarse y entre otras cosas, todo aquello que se relaciona con la cultura. En estos pueblos, se publica se escriben muchos libros de memorias o recuerdos de personas mayores. Todos tienen sus heridas y dolor y ahora que se les presenta la oportunidad, lo dicen.

Y a propósito de dolor, lo de la gran guerra en los Valcanes ya sabes que no para. Ayer fue un día de muchas reuniones en

todos los países del mundo y también de muchas bombas sobre Yugoslavia. La radio y los medios de comunicación se pasan el día dando noticias y nunca se sabe ni cómo van las cosas ni cómo acabarán. Esto de la guerra hay que ver cuánto dolor para la pobre gente que muere o tiene que marchar de su tierra.

4- Tenía que decirte que las oropéndolas, esas vistosas aves de colores que al llegar la primavera, todos los años llenan los bosques de nuestras tierras, ya han llegado. De noche y de pronto, como siempre sucede con estos pájaros y los primeros, los machos. Ya se oyen sus cantos aflautados resonando por los barrancos y en las tardes y mañanas de esta hermosa primavera. Se alegra el alma de tanta belleza y tanta música en los paisajes a pesar de las heridas y el dolor.

Pero a las oropéndolas, las que traban sus nidos en las horquillas de las ramas, se les ha complicado un poco la primavera. Resulta que después de varias semanas con un sol espléndido y calor de verano adelantado, hoy quince de abril, se ha puesto a llover. Han bajado las temperaturas, ha descendido la presión y el cielo, al amanecer, han venido manadas de nubes negras, densas y bajas. A media mañana se ha puesto a llover y según leo en el calendario zaragozano y anuncia la radio, puede nevar en las cumbres y por las noches, pueden volver. Y claro que por todo esto, el que a estas alturas de la primavera vuelvan las nieves y los hielos no es bueno ni para el campo, almendros, cerezos, manzanos, olivos ni para las aves que ya tienen sus nidos medio construidos. Las oropéndolas y los ruiseñores, son de las más adelantadas. Pero por otro lado, fíjate qué bien llegan estas lluvias para las sementeras, las que aún no se han secado, y para los pastos en las praderas. Los pastores de las tierras altas que desde Sierra Morena ya se están yendo, ha visto,

como ellos dicen, la gloria. La hierba se puede recuperar y si las lluvias siguen, mucho se puede salvar.

Las oropéndolas han llegado y también los abejarucos y aunque la primavera se ha tornado fría en un abrir y cerrar de ojos, ellas entonan sus cantos aflautados y ya andan con el trajín de sus nidos. ¿Te acuerdas, cuando en nuestros juegos de niños, nos los encontrábamos trabados en las ramas de las encinas? ¡Qué bonitos son los nidos de estas aves que en cuanto llega final de agosto o primero de septiembre, otra vez de noche, se marcharán a las tierras de áfrica, de donde ahora han llegado.

5- Ayer por la tarde, dieciséis de abril y un poco antes de ponerse el sol, me asomé por la ventana. Desde el pueblo de las casas blancas sombre la loma de los olivos, miré para el sur. Tú sabes que por este lado es por donde se alzan las sierras de las montañas misteriosas y largas. Las que acurrucan en sus laderas a los pueblos silenciosos y sobre sus cumbres, blanquean las nieves de los inviernos fríos.

Ayer por la tarde, sobre las crestas de estas cumbres todavía vía relucir algunos girones de estas nieves. Pero lo que más me gustó al tiempo que me sorprendió, fueron las nubes negras, anchas y espesas que sobre estas robustas sierras se acumulaban. Por entre ellas se ponía el sol y por eso, en el horizonte tumbado y por el lado del valle de los olivos, los rayos dorados caían abiertos y quemando la sombra que las nubes proyectaban. Desde mi ventana, la estrecha y casi colgada en el viento, miré en calma y como me gustó tanto la visión, para mí me dije que por la noche, seguro llovería.

Y esta noche, mientras a intervalos despertaba de mi sueño, he oído correr las canales y he sentido el viento. En algún

momento, me he escapado del sueño y tendido en la cama, he escuchado la música de la lluvia mientras me alegraba. Por fin, puede que la primavera adelantada, se arregle algo y en los campos, las sementeras, hierba y árboles, no se sequen del todo. Esta lluvia, aunque escasa y a chaparrones cortados, viene a poner algún remedio a la polvorienta tierra de los olivares y a las praderas donde los pastores tienen sus rebaños.

Y ahora, en la mañana del diecisiete de abril, mientras en mi cuarto escribo estas líneas, miro por la ventana. La que da al norte y lo mismo que esta noche, a ratos llueve menudamente y silva el viento al romperse en los cristales. Por el cielo las nubes espesas, casi las mismas que vi ayer por la tarde, corren veloces dejando al descubierto el azul del cielo que enseguida queda tapado por otro puñado de nubes que persiguen a las primeras. El suelo, asfalto de las calles y los campos repletos de sementeras, se le ve mojado y ello contagia una sensación muy agradable. Es como si la vida por fin otra vez resurgiera y ahora con más vitalidad, frescura y fuerza. Y me digo, que ojalá sea así porque para mí y otras muchas personas, no hay nada en el mundo más bonito y fructífero que un día de primavera como el que ahora mismo estoy viendo.

6-

COLECCION DE CUENTOS
SERRANOS INFANTILES

Indice:

El muñeco de nieve.

Un día de invierno, la niña y sus amigos se fueron por el bosque dando un paseo. ¡Qué bonito estaba el campo! Había nevado y los árboles, la hierba, las madroñeras y hasta los caminos, estaban vestidos de blanco.

- Hagamos un muñeco

Propuso la niña. Y así empezó el nacimiento del muñeco de nieve. Se pusieron mano y la obra y les salido muy oiriginal. No tenía ni sombres ni bufanda ni tampoco botas ni orejas. Sus ojos eran alargados y verdes porque se los hicieron con tallos

de pino. De nariz, en lugar de las zanarioas que le ponen a todos los muñecos de nieve que se hacen en el mundo, uno de los amigos de la niña, le puso un palo de encina seco. Pero lo más bonito era la sonrisa que la niña dibujo ahí, en la parte baja de la cara. Una sonrisa preciosa que no se parecía a las que tienen los otros muñecos de nieve ni a las de las personas de carne y hueso. Otro de los niños le puso un sombrero de hojas secas de pino y luego, todos juntos se fotografiaron abrazados al blanco muñeco. Durante un rato, jugaron por allí subiendo por las rocas, patinando por la nieve y explorando cuevas por entre los pinos.

Luego, la niña y sus amigos, se marcharon y dejaron allí solo al muñeco.

Las nubes negras
El pino de navidad
El castillo solitario
La fuente de los caños blancos
El pez de orejas grandes
El río llorón
El pueblo de la niña
La casa abandonada
El sueño de la niña
El nogal pelón de nueces secas
La cueva oscura
La cascada blanca
El juego del agua
El arroyo de cristal
El árbol que llega a las nubes
La comida en el campo
El orejudo nariz de Pinocho
Los amigos.

El lago redondo
El campamento
Los montones de arena
La flor de la montaña
¡Esta noche, Dios mío!
La guerra

La flor de la montaña

José Gómez Muñoz

Cuando se despertó, todavía seguía triste. Y así, tumbado en la cama, se quedó. Pero de pronto, el pensamiento de la muerte, se le clavó en la mente. Antes de abrir los ojos, escuchó atento. De fuera le llegó el mismo ruido de los coches, las mismas voces humanas y las mismas sirenas de cada día.

Luego apartó las sábanas, puso los pies en el suelo, anduvo hacia la ventana y a través de los cristales, miró al cielo. Hoy de nuevo amanecía nublado y hasta llovía un poco.
- ¡Qué hermoso está el día y qué triste mi alma!
Se dijo mudamente y se volvió para la cama. Otra vez el pensamiento se le clavó en la mente. Y otra vez desde el corazón le corrió el dolor por el pecho y le quemó en la sien.

Recordó que en la casa de al lado, la grande y lujosa, estaba el hermano también acorralado. Ya se lo había dicho a todo el mundo. Se tenía que marchar porque lo habían despedido y como lo suyo era como el primer eslabón en una cadena, los otros cercanos, también estaban tristes. En unos meses ¿qué habría sucedido de unos y de otros?

Se empezó a vestir y seguía desconsolado. Hondamente amargo por dentro y como sin fuerzas para seguir. Salió de la

habitación, recorrió la distancia, subió al coche, lo puso en marcha, atravesó las calles del asfalto, buscó la carretera y ya se sintió algo aliviado. Al frente y a lo lejos, aparecieron las siluetas de las montañas y por encima de ellas, las nubes negras cubriendo y la lluvia cayendo. Y recordó lo que tantas veces había soñado: “La naturaleza es libertad, consuelo, camino que lleva a Dios y descanso”.

Cuando llegó a la orilla del río, todavía estaba triste. Desgarradoramente amargo por dentro y con la misma idea de la muerte clavada en la mente. Al rozar la curva, torció para la izquierda, remontó despacio, abrió la ventanilla. Del campo, vestido de primavera verde y florida, le llegó el viento perfumado. Sobre las rocas del voladero colgaban las matas de tomillo florecido y por la ladera, se extendían los romeros y las jaras blancas. Las amapolas se doblaban en sus tallos arrastradas por el peso de las gotas de lluvia y los pinos, lloraban como apagados.

Cuando terminó de coronar la cumbre, todavía estaba triste. Paró el coche, anduvo pisando la hierba húmeda y se asomó al voladero. Al frente, el surco del gran río arropado por la niebla y la sombra de las nubes. A lo lejos, las laderas cubiertas de bosque y las crestas de las montañas, como perdidas en un misterio lejano.

Escuchó en silencio y sólo percibió el rumor de la lluvia cayendo, el canto de algún ruiseñor por entre las zarzas y junto a su nido y el latir apagado, pero potente de la primavera reventando. Se acercó un poco más al escarpe rocoso y vio que era profundo, quebrado, y abajo, por su centro y muy hondo, el gran río corría en su silencio. El mismo pensamiento se le clavó otra vez en la mente. La muerte como liberación y los amigos tristes porque estaban despedidos y tenían que

irse hacia un futuro incierto. Sopló una ráfaga de viento. La lluvia le besó en la cara, el perfume de los tomillos le llegó sesgado. La grandiosa primavera se le presentaba vestida de promesas bendecidas.

Fue a dar otro paso y ante él, la flor inmaculada, temblando en su tallo. Toda bañada por la lluvia, se abría limpia a la luz de la tarde y sobre la dureza del recio peñasco. Sonreía libre frente a las nubes que revoloteaban.

- Pero yo estoy triste y por dentro amargo.

Quiso decirle desde su silencio y su soledad inmensa como el inmenso desamparado.

- Y yo estoy alegre y sonrió a la vida y al hermano campo.

Quiso oír que ella le dijo. Y como la miraba mudo, como en una sinfonía sin notas, otra vez quiso oír:

- Lo que estás buscando, la libertad sin dolor que no tienes en aquel espacio, sólo desde estas montañas que me dan su tierra y su sincero abrazo, la puedes experimentar.

Y él:

- ¿Pero Dios?

Y ella:

- Te abraza callado.

Y todavía siguió sintiendo los porrazos de la tristeza golpeando en su corazón. Seguía sintiéndose amargo, pero miró a la flor inmaculada, miró al gran campo, miró a las nubes y luego siguió mirando a la profundidad de las crestas rocosas. Por entre ellas la niebla seguía volando y por los tomillos florecidos, la lluvia fina seguía goteando. Y en su mente, como un descontrolado eco, retumbando:

- La libertad sencilla y pura, con la flor blanca de las montañas y el ancho campo.

Y entonces comprendió

que el alivio que para vivir necesitaba
y la libertad que desde su infancia venía soñando,
se lo estaba ofreciendo a manos llenas,
en nombre de Dios, el hermano campo.

¡esta noche, dios mío!

Cuando se asomó a la ventana, todavía la tarde estaba en su centro. La tormenta seguía negra, arropando a los olivares y por las faldas de los cerros, ya brillaban las luces de los pueblos. Soplaba el viento, frío y retorcido y las ramas de las palmeras, se doblaban como heridas en sus recios tallos.

- Esta noche, Dios mío ¿cómo duermo?

Se preguntó desde su silencio. Y esto se lo decía porque en su mente le golpeaba el terrible pensamiento. Como se notaba en rebeldía, todos le daban de lado y los que no, le perseguían. No encontraba otra salida que irse de la ciudad, de la tierra, de la región. Y este pensamiento agrio, se lo comía por dentro.

- ¿Cómo podré dormir esta noche si me atormenta, sin parar, el dolor que tengo?

Seguía preguntándose y al poco, se retiró de la ventana.

Entró a la habitación, levantó las sábanas de la cama, se metió bajo ellas y cerró los ojos. Acudió al cielo y mientras el ruido de los coches por la calle le acompañaba, rezó diciendo:

- Yo no lo quiero, Dios mío y por eso te pido que dejes mi mente en blanco para que, apartado a un lado lo que me preocupa y es tan amargo, me venza el sueño y me quede liberado. Porque al fin y al cabo, por más vueltas que en mi mente dé al problema que me está matando ¿voy a resolver algo?

Y al poco se quedó dormido. Sin camino ni tiempo, se vio en una gran habitación y dentro, varias personas trabajando en

los ordenadores, muchos papeles llenos de letras y más personas entrando y saliendo. Alguien daba órdenes y como él tenía sueño, en la cama que había en el rincón, se acostó. No se durmió enseguida sino que con los ojos abiertos, tumbado en la cama, miró al techo. Y de pronto descubrió que la gran viga de madera que cruzaba la estancia de un lado a otro y sujetaba la parte alta, por la mitad estaba podrida. Y luego descubrió que a un lado y otro, la viga ya había sido empalmada con varios trozos viejos. Y para sí se dijo:

- Con este peligro encima de mi cabeza ¿cómo me quedo dormido?

Pero el que daba órdenes en el departamento, dijo:

- Este peligro, lleva así mucho tiempo.

No se quedó dormido sino que al poco, despertó del primer sueño. Y cuando despertó no abrió los ojos al momento, sino que así, tal como estaba en la cama tendido, se quedó quieto. Palpó con sus manos las sábanas. Escuchó concentrado y de la calle, le llegó el mismo ruido de coches y voces de personas. Agudizó más el oído y percibió la lluvia cayendo, al viento quebrándose en los hierros de la ventana y, por entre las ramas de las palmeras, el rozar de las hojas, todavía bailando.

Y otra vez a sí, se preguntó:

- ¿Estará todavía ahí la misma tormenta iluminando con sus rayos a las montañas y cubriendo con sus nubes negras a los campos?

La guerra

José Gómez Muñoz

Cuando terminó de subir por la senda, vio que todavía estaba allí la era. Se paró en el rellano y mientras respiraba hondo, miró despacio. Desde la profundidad del río ascendía el barranco por cuyo centro saltaba el caudaloso arroyo y, por

los lados, los bosques espesos caían cubriendo las laderas. Cerca y a sus espaldas aun se alzaba el cortijo y al frente, por donde nace el arroyo y se abre el collado, asomaban las primeras casas de la ciudad. Y allí, desde el suelo y por el cielo, presente estaba la guerra.

Cuando terminó de observar despacio y de tomar aliento, quiso seguir aunque no se sentía más aliviado. Miró al cielo porque un ruido de motores llegaba desde ese lado y por el cielo, el que coronaba a las casas de la ciudad blanca, los vio aparecer. Primero un avión solo que, en un vuelo lento, avanzaba majestuoso desde las montañas de la derecha hacia el lado izquierdo. Espantoso y grandioso se recortaba contra las nubes blancas y antes de ocultarse tras las otras montañas, disparó el misil.

Y desde su era redonda de la tierra amada, vio como el proyectil, veloz trazó un camino en el espacio. Se inclinó hacia la tierra e impactó en la torre metálica que coronaba el cerro. Surgieron las llamaradas y al rato, sonó la explosión. La columna de hierro, cables y antenas blancas, se desplomaron al tiempo que se alzaron las cortinas de humo. Justo ahora, tres aviones más asomaron por el lado derecho y solemnes como águilas que dueñas se mecen en el viento, remontaron por encima de las casas y el primero disparó también su misil.

Dibujó por el aire como un camino azul blanco y en segundos, impactó en el centro del edificio que se asomaba al collado. Surgieron las llamas y la columna de humo. Se oscureció un poco más el cielo y en estos momentos, el segundo avión de la cuadrilla de tres, disparó su mortífera y alargada bala. Rasgó ésta el algodón humedecido de las nubes frías y recto se clavó en el gigante árbol que, algo más abajo del collado, hundía sus raíces en el primer venero del

arroyo. A sólo unos metros donde todavía estaba viendo en pie, al humilde cortijo. Y él sabía que dentro y, en el último rincón oscuro, la madre, el padre y la hija, se habían refugiado, en un intento desesperado de huir de la guerra y ponerse a salvo.

Y está mudo parado, respirando hondo y tomando fuerzas para seguir por la senda coronando a la montaña, cuando descubre que el tercer avión, también escupe su misil. En una línea recta, cual rayo de fuego e hierro que ciego busca su presa, perforó el frío aire de la primavera nueva y se clavó certero en las paredes de piedra del amado cortijo. Surgió el destello, saltaron las paredes y las tejas del edificio, surgió la bola de fuego, surgió la nube de humo denso, retumbó la explosión, tembló todo el barranco del arroyo claro, crujieron algunas rocas de la montaña primera y cuando el avión terminó de cruzar el espacio del ancho collado por donde, al otro lado, se extendía la gran ciudad, un tremendo hoyo apareció en el suelo, justo donde momentos antes se alzaba el cortijo bello.

Las tierras del huerto, las plantas verdes, las ovejas y los árboles frutales, ya no estaban porque la bomba los había machacado. Tampoco existía el camino ni la fuente y al poco, por la que hasta ese momento había sido cristalina agua saltando por el arroyo, bajaron algunos trozos de carne humana y los charcos se remansaron teñidos de sangre fresca. Unas de las vigas de madera, desde los escombros, se alzó ardiendo y en otras, colgaban trozos de vestidos llenos de más sangre, barro y girones de metralla.

Y en la densa y a la vez clara mañana, cuando respiraba hondo sobre la tierra llana de la era para seguir subiendo por la senda que le llevaba a la profundidad de la montaña, en el

destrozado pecho, un poco más el corazón se le abrió en cascada. Todavía siguió otro rato quieto allí, mirando al barranco y al collado y, sin pronunciar palabra, para sí se dijo:
- Si ahora sigo ¿adónde voy?

Y recordó que la noche pasada, todo el país se había quedado sin luz porque las bombas blancas habían producido un gran circuito. Recordó que por las montañas que él quería remontar para escapar, sin pan ni agua ni ropa, otras personas estaban bagando sin rumbo fijo. Recordó que en el pueblo de abajo, los de la guerra sin sentido, estuvieron y quemaron mataron, violaron y luego se fueron a otros pueblos, a otros cortijos y a otros valles habitados para continuar con la barbarie. Y así,mientras los aviones surcaban el cielo disparando misiles contra blancos seleccionados y contra ellos, las ametralladoras escupían ráfagas de fuego. Los suyos, sus tierras y rincones amados, morían maltratados, humillados y carbonizados. Y recordó que al otro lado de las fronteras de su país, el mundo entero estaba pendiente de estas batallas carente de honor y de ganancias.

Recordó esto y como todavía le corría algunas gotas de sangre por las venas, se dijo que a pesar de todo, tenía que seguir subiendo. Huyendo de los suyos y sus tierras en busca de alguna libertad que, aunque la lograra al cruzar la linia de la frontera, ya nunca más le iba a servir para devolverle la vida que atrás dejaba. Pero allí, donde redonda todavía estaba la era, mudo y quieto, se quedó durante un rato más mirando para el barranco y al collado. Un poco más cerca y abajo, las ruinas y cenizas del cortijo, ahora encenagaban al venero que alimentaba con sus aguas al arroyo que siempre había sido claro.

Sobre el cerro

Cuando ya estuvo sobre el cerro, se sentó entre el monte y miró al frente. Aun seguía en su corazón esperando y deseando que en cualquier momento llegaran.

Desde el cerro y como oculto entre el monte, descubre que al frente, se alzan las grandes laderas. Coronándolas a ellas, las cumbres de las nieves blancas y cayendo para el valle del río, los surcos de los arroyos por donde ampulosas caen las cascadas. Y entre una ladera y otra, las grandes cañadas que los arroyos, al apearse de las cumbres, han tallado.

Y está él por entre el monte del cerro, frente a la sierra mudo y con la esperanza en el corazón, cuando ve que por la pendiente del tercer barranco, bajan las cabras. Desde arriba las viene siguiendo el padre y cogida de su mano, la niña hermana que juega, es compañía y es tan gozo en la mañana que sólo descubrirla por la senda que viene recorriendo, de luz llena toda el alma.

De cortijo, por detrás del cerro y algo en la cañada, sale la madre, rodea el cerro y al estar frente al barranco, lanza su voz y los llamas.
- Cuando queráis podéis volver y no olvidéis, al pasar por el huerto, de recoger las patatas.
Y desde la gran ladera que por el cerro de enfrente, le contesta la hermana y el padre:
- Ahora mismo vamos porque también estamos deseando llegar a la casa.

La madre se vuelve para el cortijo y él, desde el pequeño cerro redondo y el monte que cubre y calla, sigue observando. Y como inquieto continua en la espera de que en cualquier momento vuelva. Sigue con sus ojos clavados en las laderas

que al frente se alzan. Y para animarse y darse más consuelo, se dice para su alma:
- En cuanto llegue padre y con él la hermana, madre le abrirá la puerta del cortijo y dentro, aparecerá el fuego con sus llamas y por el aire, se percibirá el olor de la comida llenando toda la estancia. Todo será así de sencillo y bello y yo en su centro, pero en esta mañana, si lo que estoy esperando no llega ¿para dónde me voy y que hago?

Y sobre el cerro y entre el monte, mientras el padre y la niña cruzan el barranco, sigue quieto. Observa las crestas de las cumbres repletas de nieve, percibe el rumor de las cascadas, le baña el perfume de las flores y sueña un poco más, mientras espera.

La curva del camino

Llegó a la curva del camino, el que fue en otros tiempos vieja senda y vio que ahora era ancha pista de tierra. Y como caía la noche, tenía prisa. Pero al verlos allí montando su campamento, se paró con ellos. Eran dos y les quiso preguntar por lo que ocurría en el pueblo, pero ellos, que eran jóvenes y estaban celebrando algún triunfo en su colegio, lo miraron y dijeron, como excusándose:
- Aquí, que esta noche vamos a poner las tiendas.
Y él:
- ¿Pero en el mismo camino?
Y ellos:
- ¿Y qué?
- Pues que si esta noche pasa un coche, antes de veros, os llevará por delante.
- Dignos tú dónde podremos acampar entonces.

Y recordó que algo más arriba, sobre la loma del cerro y en otros tiempos, se alzaba el pajar de la puerta vieja. Pensó que

si todavía estaba allí y no tenía la llave echada, sería un buen refugio.
- ¿Y de qué conoces tú ese pajar?
Le preguntaron ellos.
- Lo conozco desde pequeño. Con mi abuelo, dormía dentro en las noches de verano y también en la puerta, cuando ya la paja estaba metida bajo techo.
- Por aquí cerca, además del pajar ¿hay algún otro sitio donde poner las tiendas?

Y recuerda que más abajo, ya dando vistas al pueblo, crecía un roble grueso. En el rellano que junto a su tronco hicieron, en aquellas noches de primavera, durmió él acompañado del canto de los grillos, del abuelo y el siseo de las hojas del bosque. A la derecha quedaba el cortijo con su arroyuelo, el de siempre aguas limpias y portador de sueños. El pueblo, en aquellas noches mudas y densas, dormía sin dormir, sumido en su silencio y coronado por las robustas figuras de los otros cerros. Y recuerda también, que la curva del camino, en aquellos tiempos, era como una hebra de ilusión y puerta, justo donde ésta se acerca a las casas.

Durante un rato más, sin responder del todo a lo que le preguntaban, siguió parado junto a ellos. Los escucha sin dejar de repetir su deseo de acampar esta noche, al borde mismo del camino y cuando le preguntan:
- ¿Podremos entrar en ese cortijo y montar el campamento en su centro?
Les responde:
- Ya es de noche. Habría que ir a verlo y el que luego os quedéis a dormir en él ¿eso de qué o quién depende?

Tomates en el huerto

Estaba saliendo el sol y llegó a la orilla del arroyo. Justo

donde el terreno se hace llano y el camino traza una curva. Por el lado que pega a los álamos, que es por donde la corriente se acerca, él se aparta para la izquierda.

Al otro lado del arroyo, donde la torrentera se hace alta y tiene un corte limpio en la tierra, estaba el hermano sentado. Y entre la llanura y la plataforma que el hermano ocupada, quedaba el surco del arroyo. El agua corría por su centro y en el talud o torrentera, justo donde la tierra está cortada limpiamente, tienen sus nidos los abejarucos. Hoy no revoloteaban porque era primero de otoño, pero en primavera y hasta bien entrado el verano, el rincón es el paraíso de sus cantos, sus nidos y sus vuelos.

Desde la sombra del recio pino, clavado en todo lo alto, el hermano le saluda y como respuesta, él desde la distancia le dice:
- Ahora, dentro de un rato, estoy contigo. Pero antes, voy a dar una vuelta por las tierras donde estuvo el huerto.
Y el hermano:
- Pero si ahí ahora ya sólo crecen cardos, algunas ortigas y juncia por donde brotaba y corría el venero.
Y él:
- De todos modos, por entre las matas de carrascas y, pegado a los álamos del arroyo, el otro año todavía crecían algunas matas de tomates, varias de pimientos y dos o tres de melones.

Y el que llega, con su alma añeja por el tiempo y el sabor amargo por la añoranza de la tierra perdida, se va por la llanura de la rivera y a cien pasos, se tropieza con las matas de tomates. Tiene frutos y comprueba que hasta están maduros y también descubre que son tan hermosos y buenos como los de aquellos primeros tiempos.

- Ahora te llevo uno para que lo pruebes.
Y desde lo alto el hermano:
- Te espero.

Sigue rebuscando por la plazoleta de tierra llana que al borde del arroyo y junto al la senda que baja de los rincones del cortijo y entre las matas viejas de tomates, se queda como perdido. Mira y va recogiendo los frutos redondos mientras cae en la cuenta que hoy el hermano no le ayuda porque ya de tan viejo, casi no puede ni andar. Y además, cae en la cuenta que hasta del mismo aire, mana como una melancolía amarga. Ha pasado tanto tiempo y todo está tan cambiado, que ni por asomo se parece a la imagen que tiene en su sueño.

El centro

Cuando ya estuvo en lo alto, se paró. Miró para donde el sol de la tarde estaba cayendo y, las lomas repletas de olivos recostadas sobre la lejanía, les sirvieron para tener conciencia de su centro. El cielo azul, como tantas tardes, el dorado intenso, las nubes abiertas en abanicos y ardiendo por sus bordes y el río, desde él hacia la lejanía corriendo, un poco más lo sitúa en el centro total. No en el centro de la sierra, de la tarde o de su sueño sino en el eje único sobre el cual se funda y sostine el universo.

Y después de estar un rato mirando a la tarde, única por estar en el centro, se puso a bajar por la estrecha senda. Pasó los pinos, atravesó las cumbres, se dejó envolver por el vuelo de una mariposa y mientras venía oyendo el balido de las ovejas, se aproximó a la cuenca del arroyo bello. Como tantos días y en tantas horas de su soledad, en la manta de la hierba primaveral y cerca del fresno, se sentó. Apoyó sus codos en la tierra, dobló sus manos sobe la arena, inclinó la cabeza y ahí se quedó echado sobre el suelo. Como si quisiera escuchar los

latidos que sólo se preciben con el calor del corazón y después de mil veces muerto.

Por detrás, a sólo diez metros, en olas menudas y en remolinos tiernos, jugaba el agua de la corriente del río. Por encima relucía el cielo y a su derecha, por donde el sol sale y se alza la pétrea sierra, quedaba el camino, con la oscura cueva, la tierra vieja y ahora, las ruinas de la casa que fue más que palacio en aquellos tiempos.

Y estaba en su sueño, escondido en la porción de tierra más oculta y rumorosa del planeta y no se dio cuenta que el agua fue creciendo. Cubrió el rodal de hierba, mojó su brazo y dejó casi cubiertas sus dobladas piernas y cuando ya iba llegando al tronco del fresno, despertó. Miró y descubrió que el agua era como una manta que ahora dejaba bajo su reino parte del tesoro que le pertenecía hasta hacía sólo un momento.

Se incorporó, se sentó en la misma isla de hierba, estiró las manos y así como estaba, cubiertos por el agua los pies, los muslos y las caderas, se puso a excavar en la arena.
- Tengo que rescatar lo que me pertenece.
Se dijo y con cada mano abría un hoyo en la arena y fondo del agua. Agarró con sus dedos y sacó fuera lo que en el centro de cada hoyo iba encontrando. Y al soltarlo fuera del agua, en la otra hierba, vio que eran como trozos de diamantes que relucían bellos. Siguió metiendo sus manos y sacando fuera, a cada viaje, un puñado más de finos diamantes.
- Esto es como un sueño.
Se volvió a decir.

Y luego tuvo otra vez conciencia de que el centro, no de la sierra ni de la región ni tampoco del planeta sino de lo que es como una eternidad de inmenso, estaba allí mismo. A su lado,

en sus manos, en el hoyo que cavaba en el agua y se llenaba cada vez más de diamantes. Ahí mismo y él, como pieza o corazón de su propio sueño, se situaba en el punto que era rotundo centro.

Condena

Sube en silencio desde el collado. Sobre sus espaldas y hombros, lleva un saco viejo. Una especie de costal donde ha recogido y conserva algún tesoro de los escasos que a lo largo de los años ha encontrado por la tierra que ahora despide. Y sube triste porque después de una vida entera, sigue al margen, inadaptado y sin un amigo ni a nadie a quien someterse y por esto, lo desprecian.

Y antes de coronar a la curva de los pinos viejos, la que da entrada a la torrentera que a su vez penetra en el tajo del tranco por el cual se llega a la cumbre, mira para su derecha. Ahí mismo se alza el palacio de cal y cemento, de cristales y tejas. Dentro de él, los que forman grupo y se someten y adulan entre sí para que las cosas no chirríen y los proyectos se desarrollen según las leyes que han creado los humanos que pueblan la tierra.

Algo más abajo los otros con sus rebaños. Los que no son ni de ovejas ni de cabras ni de vacas. Y como ya cae la tarde desde el valle regresan al palacio fantástico de la conformidad y la igualdad. Y los que sube, al verlo a él que también remonta, camina y se aleja y los deja, le dicen:
- Es lo mejor que podías hacer. Irte de con nosotros y perderte en las profundidades de la soledad que siempre llevas a cuestas. Después de que no sirves para nada, te pasas el tiempo despreciándonos y eso, compréndelo, es una forma de inconformidad que no aguantamos.

Y como desea seguir siendo libre, aunque por ello sólo tenga en su alma vacío, soledad y gran tristeza, sigue caminando por su vereda y sube. Sobre sus espaldas el costal lleno de mil razones y sentimientos, semillas doradas como granos de trigo, que no puede sembrar en ningún lugar de este suelo porque no encuentra tierra. En sus ojos el resplandor de la belleza que desde los paisajes mana. En su alma la rebeldía ahogada en la soledad. En su corazón, el amor ardiendo y por eso tanto le quema y en sus oídos las desoladoras palabras que hace un rato ha escuchado otra vez:
- Ya sé lo que pides, pero eso, tú tranquilo que se hará cuando yo quiera.

Y mientras sube acude al cielo y a su Dios le dice: "Juzgar y condenar, Tú dejaste dicho que sólo a Ti te toca. Porque sólo Tú eres justo y sabes las intenciones que se fraguan en los corazones de los humanos. Y aunque en mí hay soberbia, nunca me dieron ningún poder sobre los otros. Eso tú lo sabes y por ello siento cierta superioridad moral o cierta libertad. ¿Por qué los otros se siente con la autoridad de erigirse jueces míos? Dame un poco más de fuerza para que pueda terminar de remontar la cuesta"

Llamada de la tierra

Ya que alcanzó el punto más alto en el redondo cerro, se paro. Abrió sus ojos frente a la tarde que caía y allí estaba: el amplio y profundo barranco, hoy se presentaba como mucho más hondo, más escarpado, más oscuro y quebrado.

Sobre el collado del lado norte, donde se abre el puerto y se encuentra la cueva, unos vellones de nieblas se concentraban. Es justo ahí mismo donde nacen los cinco arroyos que, al caer por la inclinada tierra, horadan coñones, cascadas y surcos profundos que rajan las robustas montañas y cuando ya

descansa en lo más hondo y parte más llana, se abre el río. El bellísimo, nítido y caudaloso río que él lleva estampado en las carnes del alma.

Desde el punto donde se había parado, con sus ojos bien abiertos, lo contempla fijo y mientras va gustando el sabor de la tristeza, del amargor y dulzura, con el paladar de sus sentidos, recorre con sus miradas el conocido y abrupto paisajes del barranco. Y al llegar al centro de la gran ladera que cae desde el collado de la niebla, donde ésta ya casi se hace río, se detiene y con sus miradas repasa cada metro del paisaje.

Le asombra, como siempre le asombraron, las columnas de rocas tobáceas que arrancan desde la parte alta de la cascada y, como robustos troncos, caen y apuntan hacia los charcos azules del río nítido. Por ahí surgen todavía los manantiales y oscuras cuevas, las canales que, al correr, el agua fue tallando en la pura roca, las piletas donde se remansan tanto el líquido diamante que salta desde la cascada como el que brota en las estrechas grietas de las hondas cuevas. Y siguen ahí todavía las arrugas que fueron formando las rocas según se cuajaban al caer el agua, las estalactitas y estalagmitas y las afiladas agujas calcáreas con tonos magro jamón y tocino nata.

Pero sus ojos se van para la cascada de la derecha. Por ella todavía salta el agua desde esa altura casi infinita y se abre en abanico ampuloso. Mientras cae, él confirma que como en aquellos tiempos, el agua se convierte en espuma, en fina lluvia, en nubes de niebla y en puñados de nata y luego baña a las columnas pétreas de donde ya cae a chorros sobre los azules charcos del río sueño. Pero hoy, con sus ojos, descubre que desde arriba, desde lo más alto de la cuerda que sujeta al puerto, caen las rocas rodando, la tierra roja y los árboles

tronchados. Las potentes máquinas de hierro están abriendo la pista y por eso, lo que siempre fueron bellas rocas nácar en la más hermosa cascada de la sierra y parte del agua que chorrea desde ella, hoy están sucias. Manchadas de barro, monte y piedras que ruedan desde lo más alto según las empuja la máquina.

Durante un rato más sigue con sus miradas recorriendo los infinitos matices del mágico barranco y en su alma, nota la mezcla de la dulzura, el amargor, la tristeza y la rabia. Ha pasado el tiempo y no puede olvidarse de los parajes que desde pequeño, fueron su nido y por eso vuelve. Hoy regresa y busca y miran con ansia de vida, pero hoy, lo que desde lo alto del cerro, sus ojos están descubriendo ¡cómo le duele y desgarra por dentro!

La Verea

Llegó él al torco grande que se abre justo al borde del camino. Detuvo sus pasos y al mirar al frente, para el calar de las rocas blancas, encuentra que en la tierra se remansan los charcos. No agua de la nieve sino de la nube que por la noche ha descargado sobra las llanuras de los amplios campos. Y en encuentra que más al fondo, se alzan robustos los picos de las cumbres rocosas y en sus laderas, se amontonan los cascajales de las piedras sueltas y los rodales de la verde hierba.

Y está él, desde su quietud y asombro enamorado, parado en la mañana u corazón de la sierra cuando por el lado derecho, se acercan las ovejas. Primero el perro, tres cabras blancas, el rebaño de corderos y entre ellos, el pastor. Saluda al acercarse y al preguntar, el acercarse al que está quieto, el pastor responde:
- De verea que vengo. Hace siete días que salí de las tierras de

la hierba verde, donde este año, todo es pasto seco y fíjate: cuando ahora llego a la tierra llana de estos campos bellos, lo primero que me encuentro es la tierra encharcada.
Y el que busca y espera:
- Es que anoche descargó por aquí una gran nube.
- Si quejarme no me quejo. Lo digo en el sentido del gusto que dr volver a la tierra que se lleva dentro.
Y el que está parado y escucha en su corazón precisamente la voz que de la tierra mana:
- Te acompaño y aunque tú vas con tus ovejas resto a los Campos, si quieres podemos dar un rodeo y mientras avanzamos, nos llegamos a las cumbres del blanco cerro.
Y el pastor:
- ¿Qué tendrá ese blanco cerro que desde hace siglos estoy como por él llorando?
- Pues yo te enseñaré hoy, la fuente que mana en el collado, te enseñaré el rellano de la tierra negra que hay en todo lo alto y luego te enseñaré la ladera hermosa que derrama sus pinos, sus romeros y sus sendas, para el lado de la mañana.

Y el pastor:
- Pues vale ya sí de paso, además de recorrer el trozo de verea por donde hoy se acumulan el barro, nos llegamos al cortijo del hermano bueno. Siempre que pasé por ahí, me ofreció su casa, la hierba que tienen sus tierras para que coman mis ovejas, el descanso a la sombra de la noguera grande y el chorizo y el jamón de su matanza.
- Es que ese hermano es como la montaña que nos mira y quiere: siempre ofrece su belleza, acogiendo y ayudando y en estas sierras, hay que ver lo que eso satisface y consuela.